

A una hora de Nápoles en barco —un cómodo y veloz deslizador para doscientos pasajeros que despertó mi envidia de navegante lacustre— queda la isla de Capri, una de las más altas y bellas del Tirreno: parece que el mar se pone de puntillas para levantar la bandeja de esta escarpada y blanca roca, de quince kilómetros de circuito, coronada de frutas, olivos, mirtos, rosales, vides, villas, ruinas y palacios, y dos pueblos —Capri y Anacapri— a los que no se llega sino que se trepa para hacerle honor al nombre de Capri que viene de cabro.

Desde arriba uno se siente dueño del mundo y sus rutas, asociado al Olimpo de los dioses que incubaron las civilizaciones. Abajo uno se cree abordando las riberas de un planeta caído. Los escarpados farallones de 200, 300 y hasta 800 pies de altura, abren, con frecuencia —a nivel del mar— oquedades y misteriosas grutas donde las aguas adquieren los colores más increíbles y fascinantes. Son famosas, desde los tiempos fenicios y griegos la Gruta Azul, la Gruta Roja, la Gruta Blanca y la Gruta Verde, criaderos de ninfas, reales y mitológicas, donde el agua es ópalo de fondo blanco y reflejos rojos y verdes, o zafiro de un azul fluorescente como si el agua cubriera la luna, o turquesa, o jade. Las aguas que bañan a esa linda noruega en bikini son las mismas que hicieron nacer, de la poesía y del mar a Anfitrite, a Deianira, a Dioné o a Eudora. Apolodoro habla de cuarenta y cinco nereidas. Yo, en estos tiempos de turismo, hubiera podido pasar el día sin acabar de contarlas. Cerca de la Gruta Azul el guía nos señala unas rocas, el "Scoglio delle Sirene". Aquí, donde yo voy, Ulises tuvo que taparse los oídos y amarrarse al mástil para no ser atrapado por el mágico canto. Estoy seguro que si mostrara una fotografía a colores de esas rocas y de sus costas llenas de muchachas de trenzas doradas y de flores de bugambilia prendidas de los farallones, nadie dudaría de la tentación de Odiseo.

Atracamos en el puercecito de Marina Grande y ascendimos por un funicular a Capri. El pueblo, con sus complicadas callejuelas de sintaxis medioeval, su torre, su gran reloj, sus infinitas tiendas, puestos de souvenirs y restaurantes, invita a beber un vaso del delicioso vino "Capri", seco y de finísimo aroma y a comer un pulpo arrancado del tridente de Neptuno. Pero hay que salir del centro del pueblo, demasiado atiborrado de turistas —¿verdad?— el laberinto de caminos empedrados, bordeados de naranjales, de enredaderas, de pequeñas villas y de increíbles paisajes. En cada recodo del desigual terreno se abren abismos desde cuyos balcones se dominan castillos, palacios, ruinas imperiales y al fondo, omnipresente y sonoro, el azul inefable del Mediterráneo.

De pronto miro en la tierra, a mi lado, una sombra. Vuelvo los ojos y me encuentro con la estatua de mármol de un alto y orgulloso romano cuya mano erguida todavía empuña una inexistente espada rota. Me acerco. Es la estatua del emperador Tiberio.

Dominado por la belleza del paisaje había olvidado que este paraíso fue el nido de una de las águilas más sanguinarias y repelentes de la historia del mundo. Había olvidado que Capri, a pesar de su esplendor casi divino, fue uno de los lugares malditos desde donde se dictaron para todo el imperio romano las órdenes más crueles y los ultrajes más degradantes para la dignidad humana. Miro la estatua: Un guerrero de estructura potente, pero el rostro, debajo de una frente abombada —que quizás acusa degeneración— el diseño triangular de la cara con su aguda barbilla, sus ojos inquisitivos y miopes y su boca recogida y desdenosa, parece la fusión del gavián y del lobo. Este hombre hizo temblar al mundo. Este hombre fue al comienzo un buen gobernante y un gran administrador. Fue un técnico excelente con un alma perversa, hasta un día en que esa alma enconada lo dominó enteramente y se le salió la fiera, devorando todas sus anteriores y vacilantes virtudes. Lo extraño es que ese periodo final y brutal de Tiberio coincide con su llegada a Capri donde se encerró para gobernar al mundo durante sus últimos once años de vida. ¿Cómo pudo inspirarle tanta maldad y crueldad este lugar de belleza y de contemplación, de brisas musicales y de azules casi angélicos?



## escrito a máquina

Notas de viaje



Toda isla produce dos movimientos opuestos en el espíritu del hombre: la sugerencia de ilimitadas posibilidades (el mar por todas partes llamando a la aventura y a la expansión de las potencias del alma) o la opresión o claustrofobia de quien siente al mar o a las aguas como paredes de una prisión. Para unos, como Ulises, como Colón (como Cifar) las islas son puntos de partida, invitación para extraherterse, por la osadía o el sueño, en grandes empresas. Para otros, las islas aíslan, introvierten, agudizan la soledad o la misantropía.

Pero lo grave de Tiberio —dice Gregorio Maraón— es que buscó deliberadamente una isla para cultivar su resentimiento y su misantropía. Capri es como el mito del aislamiento del tirano. Toda tiranía, indefectiblemente, se construye una isla (una isla rodeada de serviles y de espadas, una isla separada del mundo por la adulación y el miedo) y una vez en su isla, alejado y temeroso de su pueblo, el tirano se precipita, de crueldad en crueldad y de arbitrariedad en arbitrariedad hasta su final.

Tiberio, en el comienzo de su carrera demostró virtudes prometedoras: rechazó los honores, fue un hombre sobrio, sencillo, disciplinado y demócrata. Pero, por una parte, recibió tales muestras de servilismo —incluso del mismo Senado Romano,— conoció tales bajezas de adulación, que su natural desdenoso no supo superar el asco y educar a sus colaboradores, sino que dio rienda suelta a su misantropía (los serviles, ¿Qué culpables son de la perversión de los tiranos!) Pero, por otra parte, el buen administrador tenía un alma resentida y criminal. Tiberio no concibió otra forma de garantizarse el poder que matando a todo posible competidor. Sus venganzas hicieron historia. Y el pueblo reaccionó. Las virtudes burocráticas nunca son populares y el Emperador tenía dos defectos para despertar el odio de Roma: su desdén y su crueldad. Aquella montaña de ilustres cadáveres subleva el alma popular. Los muertos o prisioneros son políticos notables, o hijos de caudillos amados o generales llenos de méritos. Las sublevaciones son reprimidas con exagerada crueldad. El odio popular crece. El Emperador ya no se deja ver del pueblo. Se rodea de una guardia impenetrable. Cuando recorre calles o caminos, la guardia que lo precede arroja a golpes a todo viandante, prohibiéndose incluso que se le vuelva a ver de lejos. A los actos públicos ya no asiste y cuando lo hace es blindado de espadas y de escudos. El pueblo capta el miedo del tirano y aumenta su odio: las paredes amanecen llenas de injurias contra el Emperador. Sus estatuas aparecen manchadas o mutiladas. Entonces se retira a Capri.

El reinado de Tiberio desde Capri fue el periodo más siniestro que conoció Roma. El arma de Tiberio para gobernar desde lejos fue la delación. Por una ley concedía al delator una parte de los bienes del acusado si resultaba culpable. "El resentido en el poder —observa Maraón— recurre en seguida a sus hermanos de resentimiento, que son los delatores". Y Tácito escribe: "Jamás como entonces reinó la consternación y el sobresalto en Roma. Se temblaba aun estando entre los parientes más próximos. Nadie se atrevía a hablar. Todo oído era sospechoso". En efecto: "las paredes oyen cuando la justicia calla".

El instrumento de Tiberio en Roma para este gobierno del terror fue su valido Sejano, su ministro de gobernación y de crueldad. Pero un día le llegó a Capri una carta delatando una oscura conspiración de Sejano. Tiberio le ordenó presentarse al Senado para recibir los máximos honores. Sejano, vestido de gala, llegó glorioso a la Asamblea y allí un pretoriano de Capri entregó al Senado el pliego lacrado de la petición del Emperador. El hipócrita pliego que comen-

zaba exaltando los méritos de Sejano, terminaba enumerando sus crímenes y pidiendo su condena de muerte. El Senado, que odiaba al Ministro, lo condenó por unanimidad. Conforme la cruel costumbre, la condena recayó sobre toda su familia. Su esposa y su tierno hijo varón fueron pasados a cuchillo. Cuando le llegó su turno a su pequeña hija mujer, se tropezó con la vieja ley romana que prohibía ejecutar como criminales a las vírgenes. Entonces un decurión, "por órdenes superiores", violó a la niña para inmediatamente después ahorcarla. Este acto tremendo e inhumano ha quedado para siempre grabado en sangre en las páginas de la historia, como la expresión más horrenda pero más clara de lo que significa la legalidad para las tiranías. ¿Regístranse todas las "legalidades" de las tiranías y siempre se encontrará que, para cumplir con la ley, se viola la ley. Que para cumplir con la Constitución se viola la Constitución. Que para "garantizar" los derechos humanos, se violan los derechos humanos. "Los tiranos —dice Montesquien— conservan las leyes pero las vacían de su alma".

La muerte de Sejano no mejoró la situación, sino que la agravó, porque Tiberio aumentó su suspicacia y su rencor. Lleno de pústulas que afeaban su rostro vivía encerrado en su inasequible palacio en el paraje más alto de Capri, ordenando ejecuciones tras ejecuciones. En la lejana Roma el pueblo clamaba inútilmente contra el monstruo. Hasta que un día llegó la ansiada noticia. El Emperador había muerto. Entonces el

pueblo, ebrio de alegría, se echó a la calle, cuenta Suetonio, gritando: "¡Tiberio, al Tiber!"; "¡Triste explosión de venganza! —arrojar el cadáver odiado a las aguas del río—"; "¡Triste solución de un reino de servilismo y de terror! Mientras el pueblo enronquecía contra el tirano muerto, en las grietas del palacio de los Césares salía del nido una nueva serpiente: el asqueroso Calígula!".

... Cuenta una historia que ya en sus últimos años Tiberio llamó a cuentas a Capri a uno de esos proconsules que los imperios envían a explotar a las lejanas provincias. El proconsul Poncio Pilatos, mientras se justificaba de varias acusaciones, contó a Tiberio que había hecho crucificar a un galileo que se decía Hijo de Dios. —¿Se amotinó el pueblo?— preguntó el siempre temeroso Tiberio. —No, contestó Pilatos. Pero lo extraño es que sus discípulos y seguidores aseguran, hasta en el martirio, que ese hombre resucitó.

Añade la tradición que Tiberio, que estaba muy enfermo y con el horror a la muerte, se interesó hasta la obsesión por la noticia del resucitado. Mandó buscar y perseguir cristianos y los hizo llegar a Capri para arrancárles, a tortura, el secreto de aquella resurrección. No pudo hallarlo. ¡Nadie estuvo más cerca, ni más lejos de la Resurrección! ¡El fue el Emperador bajo cuyo dominio murió Cristo! ¡El protagonizó el reinado del crimen y del odio cuando a su lado se abría el reino del Amor!

PABLO ANTONIO CUADRA